

Miguel Acosta Saignes: Precursor de la Antropología Integral Suramericana, maestro para pensar, abridor de caminos

JACQUELINE CLARAC DE BRICEÑO

Introducción

Conocí al profesor Miguel Acosta Saignes a principios de la década de los años 60 del siglo pasado, cuando yo estudiaba antropología en la Universidad Central de Venezuela. Nos impresionaba, a los estudiantes de antropología, que él hubiera sido el primer antropólogo venezolano graduado como tal (en México), y que no lo aceptasen como profesor en la escuela donde estudiábamos nosotros, la Escuela de Sociología y Antropología, como se la llamaba en aquellos años. El hecho es que se lo excluyó siempre de nuestros programas de estudios, de modo que los alumnos que no lo iban a visitar personalmente a la Facultad de Humanidades, donde trabajaba en la Escuela de Historia, compartiendo el Departamento de Antropología y Geografía con Federico Brito Figueroa, ignoraban totalmente su obra, a pesar de que fue reconocida por la Academia Nacional de la Historia que publicó en 1980 una recopilación de trabajos de él.

Durante muchos años se conoció - o se quiso prestar atención sobre todo a- su *Etnología Antigua de Venezuela*, (editada en 1954) tal vez por la falta de información existente sobre este tema hasta ese momento. Dicho libro era de lectura obligatoria en el bachillerato venezolano hasta la década de los años 70, lo mismo que el libro de Paul Rivet *Orígenes del Hombre Americano*; luego se suprimieron estas lecturas, las cuales, bien comentadas y analizadas, eran importantes, para hacer conocer un poco a los estudiantes su pasado indígena y los enfoques que entonces se manejaban al respecto, comparándolos con los actuales. Desde la supresión de tales lecturas nuestros estudiantes de bachillerato han quedado totalmente ignorantes de su pasado anterior a la colonia y de las etnias indígenas que formaban y forman hoy parte de la nación venezolana. Como consecuencia, los docentes de la Escuela Básica también permanecieron en la alienación histórico-cultural frente a estos temas,

ya que no se sustituyeron esos libros con ninguna otra obra, así que fueron reproduciendo dicha alienación en sus alumnos, problema para la actualidad revolucionaria venezolana difícil de superar, por la constancia de su presencia en todos los ámbitos escolares y académicos.

La etnología antigua de Venezuela

Con este libro de 1954, Acosta Saignes tiene el mérito de haber lanzado el primer ensayo en nuestro país para procurar sistematizar los conocimientos acerca de la población del pasado “prehispánico”, adoptando en seguida este término en lugar del otro, mucho más corriente en su época: “precolombino”, por lo cual lo felicita Fernando Ortiz en el prólogo que hizo de esta obra.

La polémica acerca de cómo referirnos a esas épocas pasadas no ha terminado hoy: tenían razón Acosta y Ortiz en no admitir el término “precolombino” para toda América, ya que Cristóbal Colón estuvo sólo en la zona del Caribe y en la costa de Venezuela, sin comprender siquiera que estaba frente a un nuevo continente; de modo que no tuvo nada que ver él con las invasiones y conquistas posteriores de españoles, portugueses, holandeses, franceses e ingleses. En cuanto al término “prehispánico” tampoco sirve en realidad para designar a las poblaciones americanas conquistadas por portugueses, ingleses, franceses u holandeses... Menos aún si consideramos que no podemos seguir refiriéndonos a nuestro pasado autóctono americano sólo en base a la llegada de los hispanos: es todavía comprensible –aunque no justificable– la idea de llamar “prehispánicas” a las poblaciones que estaban instaladas en las zonas de las cuales se apropiaron los españoles y donde impusieron su cultura, su lengua y su religión, pero ¡seguimos estando alienados con este término al querer pensar toda la historia americana anterior a la llegada de los europeos como ligada necesariamente y únicamente a la historia de éstos y a esa llegada! Es como si se refirieran los franceses, por ejemplo, a los galos llamándolos “pre-romanos”, o los españoles a los celtíberos refiriéndose a ellos también como “pre-romanos”, y sin embargo los romanos también impusieron su cultura, su lengua, su religión, a gran parte de Europa.

Conscientes otros colegas contemporáneos del problema que significa esta terminología, procuraron conseguir otro término, como por ejemplo la “*época precolonial*” de nuestros amigos arqueólogos Mario Sanoja e Iraida Vargas; pero, a pesar de la buena voluntad de ellos para concebir un término que nos pueda satisfacer más, debemos reconocer que no sólo es demasiado vago como referencia en el tiempo, porque no solamente hubo muchas colonias en muchos lugares de la tierra y en muchas épocas, sino que tiene el mismo problema del término anterior, al referirnos a un pasado propio de

América a partir sólo de una referencia propia de una situación económica creada por europeos y que se inició a fines del siglo XV y en el siglo XVI según las regiones...

¡Sin contar lo absurdo que resultan ser estos términos al aplicarlos a poblaciones que estaban asentadas en el suelo americano 3.000, o 5.000, o 15.000 años antes de nuestra era! Es decir, cuando ni siquiera existía España como nación, ni Holanda, ni Inglaterra, ni Francia, ni siquiera Roma... De modo que seguimos teniendo hoy el mismo problema que Acosta Saignes, y hemos de conseguir un término que nos pueda satisfacer a todos sin humillar retrospectivamente a nuestros antepasados llamándolos a partir de eventos socioeconómicos europeos mucho más recientes que las sociedades de ellos y su propia historia. Las dificultades que encontramos para poder reconstruir ésta no deben llevarnos a renunciar a ella y hacer como si sólo hubiese historia europea en América. Reflexionando acerca de este problema, hemos pensado en la posibilidad de hablar de “Historia Antigua” de nuestro continente, estableciendo etapas en la misma, a partir de datos etnográficos, etnohistóricos y sobre todo arqueológicos a medida que se vayan obteniendo, y a partir de las distintas regiones, tomando además en cuenta la reconstrucción de las numerosas migraciones que sabemos ocurrieron y de las cuales Acosta Saignes tuvo alguna visión, por ejemplo cuando establece comparaciones entre la cerámica de grupos culturales tan alejados en apariencia unos de otros, como los Olmecas y los indígenas de la costa oriental de Venezuela. Una sugerencia que hemos estado haciendo recientemente, por ejemplo, a nuestros alumnos y jóvenes investigadores ha sido: Historia Antigua de Sudamérica I, II, III, etc..., actualizando siempre las distintas etapas a medida que vayan apareciendo éstas en el estudio y la reconstrucción. Incluso el mismo nombre de América podría ser cambiado, como lo ha sugerido en distintas ocasiones el presidente Chávez... La tarea no es fácil, pero tampoco imposible.

Con sus *Estudios de Etnología Antigua de Venezuela*, Acosta Saignes nos ha dado una visión de conjunto de las distintas interpretaciones hechas por los autores que lo precedieron, en Venezuela como en otras partes, acerca de las poblaciones autóctonas que estaban establecidas en nuestro país en sus distintas regiones a la llegada de los españoles, interpretación que basaron sus autores en las crónicas españolas o en trabajos de carácter más o menos etnográfico más recientes. Conoció bien las obras que cita y a las cuales a veces critica: Fray Pedro de Aguado, Fray Pedro Simón, Juan de Castellanos, Gumilla, Lino Duarte Level, José Gil Fortoul, Julio C. Salas, Alfred Métraux, Paul Radin, Walter Krickeberg, Cooper, Wissler, Kroeber, Steward y Kirchhoff con su *Handbook of South American Indians*, encontrando Acosta un gran

problema también en la utilización que hacen estos últimos autores del área “Circumcaribe” que le parece poco adecuada, viendo esta denominación necesaria sólo en cuanto “recurso metodológico”; critica igualmente algunas aseveraciones de los mismos en relación con Venezuela, las cuales le parecen poco evidentes y llama a buscar mayores informaciones arqueológicas para lograr desvelar algún día las incógnitas que nos dejan tales trabajos, prefiriendo a fin de cuentas la división de las áreas culturales hechas por Kroeber, las cuales le parecen más funcionales y cercanas a nuestra realidad indígena, aunque reconociendo que tienen todavía muchas fallas debido a la falta de datos y a la especulación.

El problema de trabajar con la categoría de “áreas culturales” es que es limitante para el análisis, de modo que se tienen que estudiar hoy (y se merecería hacer talleres en base a estos datos aportados por Acosta Saignes, comparándolos con nuestros conocimientos actuales, medio siglo más tarde) haciéndonos preguntas como éstas: “¿Desde cuándo empezó tal área?”- “¿Dónde estaban antes los habitantes de la misma?”- “¿De dónde vinieron?”- “¿Cómo fueron las migraciones?” (hay una tendencia a pensar éstas como habiendo sido necesariamente de norte hacia el sur, o del oeste hacia el este, pero se trata solamente de especulaciones hasta ahora debidas a la gran falla que tenemos todavía en cuanto a informaciones arqueológicas sobre esos tiempos...). Es decir, hablar de “área cultural” es hablar de algo fijo en el espacio, como si no hubiese cambiado anteriormente, y sin ver las transformaciones posteriores, ni las re-estructuraciones debidas a los distintos contactos, imposiciones, resistencias, etc...Es decir, no es suficientemente dinámica esta categoría, sobre todo para hablar de una historia sociocultural tan compleja como ha sido la de este continente...

Acosta Saignes, investigador integral de nuestra América profunda, y maestro para pensar

Las obras de él recopiladas por la Academia Nacional de la Historia en un volumen publicado en 1980 bajo el título *Estudios en Antropología, Sociología, Historia y Folclor* (Nº 8 de los “Estudios, Monografías y Ensayos”) fueron divididas en cuatro partes, probablemente bajo la asesoría del mismo autor, por lo cual nos podemos dar cuenta de que Acosta Saignes tenía la concepción de una antropología “integral”, en adelante sobre su tiempo, así como lo sería también Edgar Morin en Francia.

En efecto, a pesar de que los estudios en todas las escuelas de antropología de nuestro continente americano fueron concebidos como “integrales” de cuatro ramas de la antropología (etnología y/o antropología cultural, arqueología y/o arqueología cultural, y/o arqueología lingüística y/o arqueología lingüística cultural, y/o arqueología lingüística cultural y/o arqueología lingüística cultural).

logía, antropología física o bioantropología y antropolingüística), nunca ha funcionado como tal nuestra disciplina a través de los enfoques de investigación de los distintos antropólogos, quienes se dedicaron generalmente a una sola especialidad, muchas veces sin tomar en cuenta siquiera los aportes de sus colegas de otras especialidades.

No sólo estaba de acuerdo Acosta Saignes con la necesidad de este cuádruple enfoque “antropológico” sino que le agregaba además otros de gran importancia para la comprensión que tenemos en la actualidad de la antropología (por lo menos en nuestro “Grupo de Mérida”, el GRIAL -Grupo de Investigaciones Antropológicas y Lingüísticas-) como es el enfoque histórico, lo que le da otra dimensión a su enfoque de áreas culturales, y lo que él llamaba el enfoque “sociológico” que correspondería actualmente a la investigación socioantropológica, como cuando se ocupa, por ejemplo, del problema de la reforma agraria, más que nunca vigente en nuestra actualidad venezolana del siglo XXI y de la revolución bolivariana.

Ese libro publicado por la Academia Nacional de la Historia nos muestra la gran capacidad de análisis diversificado que él tenía, y como todo le parecía importante de investigar para llegar algún día poder comprender lo que es nuestra nación, y nuestra América Latina. El libro se dividió, probablemente bajo su asesoría, en cuatro grandes partes : a) Antropología (pp. 17 a 90), b) Sociología (pp. 91 a 164), c) Historia (pp. 165 a 226) y d) Folclor (pp. 227 a 235). Los problemas de la reforma agraria los concebía como asuntos de carácter “sociológico”, así como los tipos de familia existentes en Venezuela, el análisis demográfico de la población (realizado por él en este caso en el estado Miranda, pidiendo a sus alumnos que se hiciera algún día en todo el país); también eran “sociológicos” los fundamentos del prestigio social o los orígenes lingüísticos y culturales de los “caciques”; mientras que la investigación propiamente “antropológica” la enfocó a través de la arqueología, especialmente el estudio de los petroglifos, sobre el cual habían puesto el énfasis los de su generación y la anterior; también acerca de los elementos “melanesios” en América, o el sistema de parentesco -con una atención especial prestada a una posible filiación bilateral de los indígenas Achaguas-, y mostró un curioso interés por los “pueblos arborícolas” de Venezuela descritos por Humboldt, descripción que él criticó reprochando a este autor haber interpretado muy ligeramente sin revisarlas, las informaciones recibidas de informantes aparentemente poco conocedores del tema.

En cuanto a la “historia”, la enfoca en dicho libro a partir de reflexiones muy agudas acerca de los problemas de la periodización en la historia de América Latina- problemas contra los cuales luchan todavía los actuales

etnólogo y etnohistoriadores- y a través de comentarios importantes a las fuentes aportadas por los cronistas, especialmente Fernández de Oviedo, Fray Pedro de Aguado, y Fray Pedro Simón; le parecía interesante también el estudio de los toponímicos como un problema “de Historia, de Lingüística, de Folklore y de Geografía”. Sus análisis comparativos de lo escrito por Pedro Simón constituyen la primera crítica hecha a este cronista, reprochándole de haberse contentado simplemente con repetir veinte años después –a veces literalmente, sin cambiar una sola palabra- lo escrito por Pedro de Aguado, y Acosta se admira de que los historiadores no lo hubiesen notado todavía...

En relación con el “Folclor”, término que estaba de moda en su época y no había sido criticado todavía por los antropólogos, cosa que hicimos posteriormente al conocer mejor los orígenes de dicho término (*) los enfoca en tanto que elementos indígenas y africanos en la formación de la cultura venezolana, haciendo él mismo un estudio interesante, a la vez histórico y etnológico, del “*mare mare*” de los indígenas Kariña, “baile del jaguar y de la luna”, y piensa que este ritual se podría comparar con la “*tura*” del estado Lara en futuros trabajos de investigación. En el mismo libro se ocupa igualmente en esta parte del “*tucutucu*” (también denominado “cangrejo” o “trapichito”), así como de la “*cajeta de chimó*”, y de los trabajos de cerámica en El Cercado, isla de Margarita, enfocando estos temas desde un doble enfoque, etnográfico e histórico, buscando los orígenes de estas tradiciones.

Pueblos primitivos, caudillismo y caciquismo

En su *Sociología del Cacique* critica muy acertadamente a Pedro Arcaya y a Gil Fortoul, por el uso indiscriminado que hacen del término “primitivo” para referirse a los pueblos indígenas de Venezuela, y por la atribución del origen del caudillismo criollo a esos pueblos: “Esta es la base sobre la cual interpreta Arcaya la estructura política de los pueblos llamados primitivos, que habría sido el antecedente del fenómeno del caudillismo...” (Acosta, 1980, 92); y critica igualmente a Gil Fortoul por afirmar éste en su “Filosofía Constitucional” que “*en el gobierno primitivo todos los poderes están unidos en un solo individuo...*”

“La forma primitiva del gobierno es el despotismo absoluto”, por lo cual nos dice Acosta:

Por desconocimiento de las verdaderas formas de la vida preclásica, muchos han seguido aquellas afirmaciones y todavía encontramos hoy a algunos teorizantes que den como artículo de fe el pensamiento de que todo régimen caudillista, de preponderancia de un jefe, tiene su origen en las formas del gobierno llamado primitivo. Los teóricos del siglo XIX invocaban los cono-

cimientos de la Etnografía, pero ocurre que, como quienes hoy les siguen, simplemente ignoraban en realidad cuanto ya para esa época había quedado bien claro en las obras de Morgan, de Taylor y de muchos otros antropólogos y sociólogos, acerca de la estructura social de las sociedades sin clases sociales (id.,92).

Veía esto como debido a la ignorancia general y a las “fáciles generalizaciones sociológicas” a las cuales llevaba aquélla.

Tampoco aceptaba el origen “caribe” del término “cacique”, encontrando más bien en autores como Oviedo y Henríquez Ureña un origen taíno a este término. Esto lo llevó a presentar un cuadro de lo que pensaba había sido la evolución de las sociedades antiguas de Venezuela y de la zona Caribe en general, tomando como base el esquema evolucionista de su época y las categorías empleadas por los arqueólogos europeos: Paleolítico inferior, Paleolítico superior, Neolítico y Civilización, interesándose especialmente por la forma de propiedad colectiva de la tierra que habría regido en las primeras “etapas”, antes de llegar a la “civilización” y a la propiedad privada de la tierra.

No había suficientes trabajos etnográficos todavía en época de Acosta, ya que la antropología estaba a penas iniciándose en nuestro país, pero hoy sabemos que, si bien no se puede utilizar este esquema evolutivo arqueológico europeo para comprender el pasado de nuestra América, tenía razón Acosta al considerar que las jefaturas en las poblaciones indígenas no representan un poder absoluto, pues el jefe (llámese cacique o, como dicen algunos hoy, “capitán”) comparte la dirección del grupo con un consejo de ancianos a quienes siempre consulta; y Acosta, que conocía bien a los cronistas, había comprendido que los españoles no habían entendido sino muy superficialmente la estructura social y política de los aborígenes americanos, utilizando a menudo términos de su propia organización social o de la de los árabes, razón por la cual hablaban incluso de reyes, emperadores, príncipes, y relataban la existencia de “ciudades de oro”, lo que formaba parte de su mito del Dorado. El propio Acosta, en base a lo poco que entonces se conocía sobre los pueblos indígenas de su época, dividió a éstos en “recolectores”, “cazadores”, “pescadores”, “pueblos agricultores rudimentarios”, “pueblos de agricultura media” y, en los Andes, “pueblos de alta agricultura”, siguiendo así el esquema evolucionista dominante desde el siglo XIX, sin comprender, por la falta de información –la cual fue traída posteriormente por los estudios sistemáticos realizados y que todavía no se habían hecho en su época- que una misma comunidad puede ser a la vez recolectora, pescadora, cazadora y agricultora, incluso en las sociedades más “civilizadas” -para utilizar un término del modelo evolucionista corriente en esa época y que se sigue utilizando en pleno

siglo XXI, por la misma ignorancia que sigue prevaleciendo y que criticaba Acosta en su tiempo.

En cuanto al origen y formación del “caudillismo”, no tenemos suficientes estudios todavía en nuestro siglo XXI para comprender este “fenómeno” y hacia el cual se acercó Acosta Saignes; es posible que bajo dicho término se haya simplificado una realidad compleja de ciertas regiones de nuestra América, la cual necesita todavía ser investigada, así como necesita más investigaciones el rol del “cacique” en personajes como Manaure, por ejemplo, ya que pertenecen no sólo a la historia (y una historia todavía desconocida hoy, a la cual sólo se refieren algunos tesis de Maestría) sino que pertenecen también al mito y a la nostalgia de culturas anteriores, nostalgia que hemos encontrado con tanta frecuencia en ciertos rituales y cantos de nuestros campesinos andinos actuales, y que parece estar presente también en otros rituales venezolanos como el *mare mare*, la *tura*, la *chicha maya* o el baile de San Benito....

El censo y la familia venezolana extendida

Es impresionante observar cómo Acosta Saignes, en una época en que los antropólogos se interesaban sobre todo por los estudios de parentesco y familia en las comunidades “indígenas” del planeta, incluyendo nuestro continente y nuestro país, entendió la importancia de estudiar la estructura de la familia “criolla” venezolana, estudio que él empezó cuando la población de Venezuela, registrada a través del censo de 1950, comprendía un total de 5.034.838 habitantes (de los cuales quedaron evidentemente excluidos la mayoría de los grupos indígenas del país, cuyo censo no interesaba todavía a ningún gobierno), repartidos en 40.463 centros poblados de los cuales había 12.388 con menos de 10 habitantes, por lo que comenta que, evidentemente, se debía tratar de familias aisladas entre sí.

Unida esta reflexión a la observación de que las viviendas contenían un número a menudo considerable de habitantes, indagó si aquéllos eran todos de una misma familia, y encontró que podía haber en la misma casa más de un núcleo familiar (parejas con sus hijos) y que los mismos no estaban necesariamente emparentados, constituyendo estos últimos los llamados “arrimados”. Observó también la presencia de parientes solteros/as, de varias generaciones, que convivían con tales núcleos. Este trabajo, lo hizo en base a los datos estadísticos censales, escogidos por él a través de una muestra: 350 lugares cuyo nombre empezaba por la letra A, pertenecientes a varios Estados, y en los cuales en cada vivienda había un número entre 15 y 32 personas, siendo éste el caso sobre todo de los Andes, aunque lo consiguió también en apartamentos de barrios de Caracas como en el barrio 23 de

Enero fundado por Pérez Jiménez para tratar de frenar la proliferación de ranchos en las colinas.

Comprendiendo que esos censos traían demasiados problemas para un análisis consecuente, se preguntaba si no sería tiempo de “plantear seriamente el problema de la estructura familiar en Venezuela”? Al respecto debemos reconocer que, a pesar de que pasó ya medio siglo desde que manifestó esta inquietud, todavía no tenemos estudios confiables sobre las estructuras familiares venezolanas que no sean propiamente “indígenas”, a parte de los que hemos realizado en nuestro grupo de investigaciones de la Universidad de Los Andes, sobre la familia campesina merideña y la familia afrovenezolana del sur del Lago de Maracaibo, o sobre “parentesco y clase social” (Ver Clarac, 1976, 1981, 1992, López Sanz 1994) y los estudios que actualmente realizan al respecto los alumnos de nuestra Maestría en Etnología de la misma universidad en cada cohorte desde el año 1996, sobre su propia familia o sobre familias de comunidades rurales donde hacen etnografía.

Es que este tipo de estudio en nuestro país debe tomar en cuenta varios factores que no se atienden normalmente ni en los censos oficiales, ni en los estudios de parentesco realizados por antropólogos entre los indígenas (por ejemplo: Mansutti y Briceño, 1993, J. P. Goulet, 1981), pues la situación sociocultural “criolla” (término que engloba muchos grupos humanos, de distintos orígenes) es muy diferente de la situación familiar indígena, difiere también según la región, según el tipo de comunidad, según la cultura implicada –recordando que somos una sociedad “pluricultural” que ignora todavía sus diferencias; el factor “migración” es de importancia fundamental también en el estudio de este tipo de familia, por los dos tipos de migración intensiva que hemos tenido en el país, especialmente desde que empezó el siglo XX y el “boom” del petróleo: a) la migración interna, desde pueblos rurales hacia pueblos más urbanizados, en busca no sólo de servicios y trabajo, sino sobre todo de educación también, por no tener liceos y menos aún universidades en la mayoría de las pequeñas ciudades, o para escapar a guerrilleros y a combates entre éstos y el ejército; b) la inmigración extranjera, atraída por la explotación del petróleo y la visión exterior de un país “en vía de desarrollo”, inmigración que incluyó no sólo a los inmigrantes tradicionales desde Europa (italianos, canarios, portugueses, españoles) sino un nuevo tipo de inmigración de gran importancia: la de otros latinoamericanos, para escapar de regímenes dictatoriales (como los argentinos, los chilenos), de guerrillas y, sobre todo, de narcotraficantes y paramilitares (como los colombianos), o simplemente de la pobreza (como los haitianos o los ecuatorianos), o para extender su comercio (como el caso de los chinos y japoneses). Y en cuanto

al estudio del parentesco en las comunidades indígenas, hay que introducir también nuevos factores en el mismo, por las condiciones nuevas en las cuales se encuentran hoy nuestros indígenas, y sus nuevas aspiraciones territoriales, culturales, educativas...

Encontró Acosta Saignes que el tipo de familia más común en Venezuela era la “familia extendida” (a la cual agregó un nuevo elemento inexistente en general en el enfoque antropológico: el de los miembros, familiares o no, arrimados, que reciben ayuda de los demás, por lo cual propone introducir también el factor “solidaridad” en el análisis, por los distintos núcleos familiares asociados en la misma casa para ayudarse mutuamente con sus ingresos de trabajo, por lo que agregó a su clasificación el tipo “familia compuesta” o “cooperativa” (1980,114).

Nuestros propios trabajos de investigación en los Andes venezolanos han venido confirmando las observaciones de Miguel Acosta Saignes: Ahí hemos encontrado ambos tipos de familia, pero muy especialmente esta “familia extendida”, que comprende varios núcleos familiares (básicamente la pareja vieja con sus hijos e hijas casados/as, con los respectivos hijos de éstos, y tíos o tías, o primos, primas solteros/as). Lo que no podía observar Acosta Saignes a través de los datos censales, es la presencia en época de Navidad de varios niños Jesús en el mismo pesebre familiar, fenómeno que pienso es muy peculiar de los Andes, sobre todo en el caso de la Cordillera de Mérida, y viene a confirmar la hipótesis de Acosta acerca del origen indígena de este tipo de familia: En efecto, como he podido reconstruir en mis investigaciones en la región, era obligatorio antaño el sacrificio del hijo primogénito a los dioses de páramos y lagunas sagradas, sacrificio cuyo objetivo era obtener los favores de dichos dioses para asegurar la salud de las comunidades, la reproducción de muchos hijos/as sanos/as, y la reproducción de los frutos de la tierra a través de buenas cosechas. Dicho sacrificio, que fue suprimido por los españoles en la región, a pesar de lo cual duró hasta bien entrado el siglo XX, fue sustituido por dos rituales que tienen la misma finalidad: el ritual de la “Paradura del Niño Jesús” y el del “angelito” (ver Clarac, 1981 y 2003), sin contar todo el contexto más amplio en el cual están metidos (como el ambiente andino de cerros y lagunas, el calendario religioso, las fiestas de San Benito (sustituto de las fiestas del Ches y del principio del año lunar, que empezaba con un mes solar a partir del solsticio de diciembre), la clausura de las paraduras con la fiesta de la Candelaria (con su triple ritual: católico, indígena de la agricultura y africano del sacrificio de los gallos), los sacerdotes de la paradura o “cantores”, el ritual totémico en honor al sol y a su compañera (rituales conocidos como el de San Isidro y el de Santa Rita,

a mediados de mayo), y todas las “locainas”, tan particulares y tan típicas de la región merideña...

En relación con el tipo de familia, consiguió Acosta Saignes “un caso de poligamia” (en el edo. Miranda) y un caso de poliginia sororal (en un cerro de Caracas, en 1955), sin contar sus observaciones de familia extendida matrilocal y matrilineal, que todavía son muy representativas de nuestra Cordillera de Mérida, por ejemplo, mientras que la poligamia la hemos encontrado bajo sus formas de poliginia sucesiva y poliginia paralela en varias comunidades rurales venezolanas, así como en zonas urbanas también; en cuanto a la poliandria sucesiva, está presente en todas partes, tanto en áreas rurales como urbanas.

Importancia insustituible del trabajo etnográfico

Creo necesario resaltar aquí dos importantes aspectos del trabajo antropológico de nuestro autor: 1) Su interés pedagógico, pues estaba siempre atento a aconsejar en forma muy didáctica a sus estudiantes acerca de la necesidad de ciertos enfoques para no permanecer en superficialidades, y 2) su comprensión de la gran necesidad e importancia del *trabajo etnográfico*, que se puede leer en estas líneas:

Para el progreso de las Ciencias sociales en Venezuela, hacen falta estudios directos, investigaciones de campo en muchos sentidos. Con ellos puede mantenerse un conocimiento continuado de cual resultado se obtiene con la aplicación de leyes y reglamentos, cuáles necesidades van surgiendo, cuáles problemas se resuelven y en qué tiempo, cuáles tropiezan con dificultades, qué caracteres surgen o se mantienen como regionales, cuáles son aprovechables y cuáles deben transformarse, etc... Es decir, la investigación directa es parte de la conciencia de la sociedad, de su autoexamen, para juzgar resultados y prever procedimientos. (Acosta,1980, 12-13).

Con esto hemos estado siempre de acuerdo en Mérida, en nuestro grupo de investigación pluridisciplinaria fundado en el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes desde 1986, aunque con bases ya en la década anterior. Como Acosta, creemos fundamental el estudio “directo” de todas las fuentes, sean etnográficas, sean de tradición oral, sean históricas, o arqueológicas, o bioantropológicas, o lingüísticas... Estamos en contra de la repetición acrítica de textos de autores anteriores, tratándose de nuestra realidad, sobre todo a partir de que la experiencia nos ha mostrado los errores en los cuales han caído otros colegas que nos han precedido, al repetir informaciones concebidas como intocables; por ejemplo, cuando se trata de nombrar a los antiguos habitantes de la Cordillera andina venezolana con el nombre “Ti-

motocuicas”, nominación que nunca han utilizado dichos habitantes para sí mismos, error siempre repetido, a pesar de tantas informaciones entregadas al respecto; de modo que ha sido causa del grave problema reciente de un censo indígena totalmente equivocado, pues, por un lado, no se reconocieron nuestros indígenas merideños a sí mismos como “timotocuicas”, ni los supieron clasificar los ingenieros del Instituto Nacional de Estadísticas con sus verdaderos nombres, por no existir éstos en sus programas de computación... Quinaroe”, “Guazábara”, “Mukumbú” (o “Mukujumbu”), “Casés”, “Horcáz”, etc... Son los nombres de dichos indígenas que fueron invisibilizados y tuvieron que reclamar para ser incluidos entre los indígenas venezolanos de la actualidad. Y si tuvieron ellos alguna vez un nombre genérico, puede haber sido “*Mu ku*”, que siempre utilizaron (y que los españoles escribieron “mucu” o “moco”), o alguno de los nombres con los cuales los designaban – y los designan todavía- ciertos grupos chibchas de Colombia, como los Tunebo: “*Tha ku Wa*”, por ejemplo (ver Osborn, 1980).

Los esclavos negros en Venezuela

Otra publicación conocida de Acosta Saignes, sobre todo de los que, siguiendo sus consejos o por gusto propio, han venido investigando las culturas afrovenezolanas, es *Vida de los esclavos negros en Venezuela* (1967) que tan importante ha sido por ser la primera obra sistemática realizada sobre este tema, y ha sido muy consultada y citada por aquéllos que desde entonces han investigado sobre el tema y escrito al respecto tesis y/o libros.

Pero me parece que aún más interesante en relación con este tema es su trabajo posterior *Las ideas de los esclavos negros en América*, escrito por el autor en ocasión de la primera Promoción de Maestros venezolanos en Asia y África, graduados en la Universidad Santa María (Caracas, 1986), promoción que llevó su nombre

Podemos considerar este trabajo como un verdadero “testamento para la investigación”, pues en él Acosta Saignes muestra su gran capacidad didáctica y su experiencia reflexiva acerca de todo lo que nos falta investigar en Venezuela –y en América Latina-, indicando caminos nuevos a los jóvenes tesisistas e investigadores, motivándolos con temas sobre los cuales se ve que le hubiera gustado poder investigar y, sobre todo, está todo el tiempo “enseñando a pensar”.

Son unas hermosas páginas en las cuales, en efecto, demuestra en forma muy convincente cómo se puede tener ideas importantes sin necesariamente ser escritor: Los esclavos, nos dice, siempre tuvieron bien claras dos ideas principales, que están presentes en todas sus rebeldías, sus acciones liberta-

rias, sus esfuerzos para re-estructurarse socioculturalmente y políticamente, y cómo fueron ejemplo para las naciones americanas. Esas dos ideas principales, siempre manifiestas, fueron: “libertad” y “solidaridad”.

Esto, lo veo también como un mensaje de Acosta Saignes a todos nosotros, venezolanos/as y latinoamericanos/as, más en nuestra situación actual de construcción del “socialismo del siglo XXI”, donde la idea de solidaridad es tan importante para no caer en los mismos egoísmos de siempre, que el capitalismo ha venido exagerando mucho más en su nueva etapa “salvaje”, tan poco humana, tan destructora de vidas y tan destructora de nuestro planeta; esta situación actual, por otro lado, promueve esfuerzos de integración de nuestra América Latina, integración que necesita los aportes de todos nosotros, dirigidos por utopías nuestras e “ideas”, ideas nuestras, para ser nosotros mismos lo que asumamos las riendas de nuestro destino, sin alienación histórico-cultural, dejando atrás para siempre la vergüenza cultural...

Nota:

- (*) El término “folklore” fue una adaptación de un término inglés arcaico, hecha por los teóricos evolucionistas ingleses del siglo XIX y principios del XX, para referirse a ciertos rasgos culturales “todavía” presentes en las sociedades europeas, a pesar de pertenecer éstas a la “civilización” (civilización occidental, evidentemente), es decir, al más alto grado de evolución establecido por dichos autores para sus propias sociedades. Esos rasgos, presentes en ciertas costumbres campesinas, no tenían ya ninguna función según ellos, se guardaban por sentimentalismo y podían desaparecer sin que esto afectara a una sociedad ya totalmente implicada en el alto desarrollo industrial, científico, tecnológico... Utilizaron entonces a propósito, para referirse a dichos rasgos, este término que es una palabra inglesa arcaica, que significa “cultura popular”. En América Latina no tenemos porqué utilizarla para referirnos a unas costumbres bien vivas, de gran importancia en nuestras poblaciones, y que constituyen la cultura más auténtica de éstas. Al utilizarla nosotros, además, lo mismo que el término “cultura popular”, estamos estableciendo una dicotomía sociocultural, en la cual habría alta cultura (la occidental, también presente entre nosotros) y una cultura de segundo nivel, la del pueblo. En lugar de decir simplemente y en forma mucho más adecuada, la “cultura venezolana”, que tiene la característica, como dice nuestra constitución, de ser “multicultural” y debe ser tratada como tal, olvidándonos de las “etapas culturales” del modelo evolucionista cultural que nos brindaron ciertos teóricos anglosajones.

Referencias bibliohemerográficas

- Acosta Saignes, Miguel. 1954: *Estudios de Etnología Antigua de Venezuela*, Prólogo de Fernando Ortiz, Instituto de Antropología y Geografía, Fac. de Hum. y Educ., UCV, Tip. Vargas, Caracas.
- _____. 1967: *Vida de los esclavos negros en Venezuela* (Prólogo de Roger Bastide), Editorial Hespérides, Caracas.
- _____. 1980: *Estudios en Antropología, Sociología, Historia y Folclor*, Estudios, Monografías y Ensayos, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, N° 8, Caracas.
- _____. 1986: *Las ideas de los esclavos negros en América (Materiales para la primera promoción de Maestros venezolanos en Asia y África, graduados en la Univ. Sta. María)*, Caracas.
- Ascencio, Michaelle. 1976: *San Benito ¿Sociedad secreta?*, Ed. M.A. García e Hijo, Caracas.
- Clarac de Briceño, Jacqueline. 1976: *La cultura campesina en los Andes Venezolanos*, CDCHT-ULA, Edit. Multicolor, Mérida, Venezuela.
- _____. 1981: *Dioses en Exilio (Representaciones y Prácticas simbólicas en los Andes Venezolanos)*, Edit. Arte, Caracas, (2da. edición: Vice-rectorado Acad., ULA, 2003, Mérida).
- _____. 1987: "Comunidades afrovenezolanas del sur del Lago de Maracaibo", en *Boletín Antropológico* N° 12, Museo Arqueológico, ULA, Mérida, Venezuela.
- _____. 1992: "La enfermedad como lenguaje en Venezuela", Parte I: "Primer acercamiento a un discurso antropológico sobre la enfermedad" y Parte IV, Cap. 3: "Desórdenes étnicos e idiosincrásicos en Mérida", Publ. del CDCHT y del C.P., ULA, Mérida, 2da. edición, C.P. 1996, Mérida.
- Clarac, J. y F. Rangel. 1992: "El síndrome de Chediak Higashi en Pregonero, Venezuela", en *Boletín Antropológico* N° 25, Museo Arqueológico, ULA, Mérida, Venezuela.
- Gordones R., Gladys y L. Meneses P. 2005: *Arqueología de la Cordillera Andina de Mérida*, GRIAL-MUSEO Arqueológico-ULA, Min. de la Cult., CONAC, Ed. Dábanatà, Mérida, Venezuela.
- Goulet, Jean-Guy. 1981: *El universo social y religioso guajiro*, UCAB, Caracas.
- López Sanz, Rafael. 1994: "Parentesco, etnia y clase social en la sociedad venezolana", en *Boletín Antropológico*, Museo Arqueológico, ULA, Mérida, Venezuela.
- Mansutti, A. y C. Briceño. 1993: "Edad, generación y matrimonio entre los Piaroa de la Cuenca del Sopapo (Venezuela)", en *Boletín Antropológico* N° 27, Museo Arqueológico, ULA, Mérida, Venezuela.

- Morón, Camilo. 2007: *Manaure, Al filo de la Eternidad y el Mito* (Ensayo de etnohistoria), Incudef, UNEFM, ULA., Mérida, Venezuela.
- Osborn, Ann. 1985: *El vuelo de las tijeretas*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.
- Rangel, Francisca. 1987: “*Situación demográfica y socioeconómica de las comunidades del sur del Lago de Maracaibo*”, en *Boletín Antropológico* N° 12, Museo Arqueológico, ULA, Mérida, Venezuela.
- Rodríguez, Miguel Ángel. 1986: *La vida de los esclavos negros en Mérida, Venezuela*, tesis de Lic. en Historia, ULA, Biblioteca del Museo Arqueológico, Mérida, Venezuela.
- Samudio, Edda. 2002: “*La cotidianidad esclava en las haciendas del Colegio San Francisco Javier de Mérida*”, en *Revista de Historia y Ciencias Sociales*, Fac. de Hum., Universidad de Los Andes, Mérida.